

# Carlos Martínez Assad

## Donde habita el alma

Sandra Lorenzano

*Pero en esa mansión, a cuya puerta  
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento  
Que de nuevo a la vida nos despierta.*

Así, con estos versos de Manuel Acuña, cierra el narrador la entrañable visita a aquella casa de las once puertas que es hogar y memoria, arrullo y raíz. Puerto seguro al cual regresar cuando los vientos de la vida soplan más solos o más despiadados que nunca. Allí estarán siempre el abrazo del abuelo, las risas de las tías, el verde generoso de la tierra, para dar, para darnos otro aliento.

La casa de Huejutla es el Líbano de Carlos. A ella vuelve una y otra vez para buscar paz y pertenencia, tal como los suyos volvían a los paisajes cantados por Gibrán. Quizá por eso amo, como él, los relatos de migrantes. Porque le dan sentido a nuestras nostalgias. Quienes crecemos añorando paisajes propios y ajenos, sabemos también hacer hogar en cualquier pedacito de cualquier patria. ¿Dije “nostalgias”? Debo estar distraída. Por supuesto quiero decir “morriña” (como dicen los gallegos, y como decía mi madre), quiero decir “saudades”. Justo aquí, para hablar de esto, es esta palabra “saudades” la que mejor se acomoda. Dicen que las saudades portuguesas son nostalgia de lo que fue, de lo que pasó, pero también nostalgia de aquello que no vivimos.

Quienes somos hijos y nietos de inmigrantes, como el Antonio Torres Heredia de Lorca, “moreno de verde luna, voz de clavel varonil”, lo era de camborios, vamos por la vida con extrañamientos también por lo que no fue, por lo que —en palabras de Javier Marías— se queda en “la negra espalda del tiempo”. Y ahí andan los historiadores —sobre todo si se dedi-

can a la historia regional, digo yo, como el querido Carlos— naciendo en Jalisco, estudiando en Pachuca, llegando a la UNAM, pero siempre imaginando Líbano, como en un pentimento algo borroso pero firme, hablando español pero soñando árabe, y a la inversa. Nadie se libra de la marca; es más persistente que la cola de cerdo de las estirpes condenadas a cien años de soledad.

En *La casa de las once puertas*, Carlos Martínez Assad nos lleva de la mano al país de la infancia. Allí otra vez, como cuando éramos chicos, el relato nos envuelve y tranquiliza. Su vocación de memorioso sabe que somos lo que hemos vivido pero también lo que han vivido otros, lo que nos han contado, lo que hemos leído. Hay un psicoanalista francés que dice que somos contrabandistas de historias propias y ajenas, y me encanta esa idea de un contrabando del que no siempre so-

mos conscientes y prácticamente nunca somos responsables.

Por eso escribo, dice Carlos casi sin decirlo. O diciéndolo en un susurro detrás de la voz de la madre que cuenta (y se queja porque la interrumpen), del niño que mira y escucha, del hijo adulto que ama esas voces que son también suyas.

Hay un mandato de la sangre que Carlos cumple a través de las palabras. Pero quien lo enuncia no es él sino esa suerte de áter ego del lado campesino, del lado de los calzones de manta y los movimientos populares. El maestro rural, otro hijo de Huejutla, dice en las últimas páginas de su relato, hablando con su padre: “Mira, me importa porque eres mi padre y si te pasa algo, a nosotros nos va a joder, pero a mí me gusta, de hecho siento orgullo por ti, porque lo hagas y qué más te puedo decir que cuentas conmigo. Yo te apoyo en lo que pueda —aquí imagino yo una pausa, la



Carlos Martínez Assad

escena es como de vieja película mexicana, como de esas de las que Carlos sabe más que ningún otro de nuestros escritores. Pausa entonces y... retomo—: Yo te apoyo en lo que pueda, a hacer escritos” (p. 204). ¿Más claro? Y hablo de películas porque ya saben que soy fan de muchas de las obras de Martínez Assad, pero tengo especial placer por volver una y otra vez a *La Ciudad de México que el cine nos dejó*. Se sabe todos los diálogos, conoce a todos los “artistas”, como se decía en aquella época, canta las canciones, las disfruta, las analiza comparándolas con Renoir, o con Fellini, o con Griffith... Y luego vienen a contarlos que los estudios culturales nacieron en Estados Unidos. Cosas veredes, Carlos...

Claro que el mandato de “hacer escritos” aumenta si contar historias es el oficio: “Cuando me preguntaban en la familia por qué no escribía la historia o al menos realizaba un árbol genealógico, pensaba que sería una camisa de fuerza para la

imaginación, por eso preferí la novela con todo y sus intrínsecas mentiras” (p. 35).

Leo las páginas de *La casa de las once puertas* y me dan ganas de contarle lo tan parecido pero tan diferente que era todo allá, al sur de todos los sures, donde la abuela fue siempre Luisa aunque el acta de nacimiento rusa dijera cualquier otra cosa, y el apellido es hijo de la distracción del funcionario de la aduana que veía demasiados extranjeros que bajaban de los barcos cada día y lo mismo le daba Juan que Pedro (o Juana que Chana, como dicen algunos), Schumacher que Gramajo. “¿Por qué no hablarán en cristiano estos extranjeros?”. Y la sorpresa gozosa ante las maravillas de México se parece a lo que Tununa Mercado cuenta de nuestro propio exilio. A todos los que llegamos nos atrapan...

“Este paisaje se hacía más interesante cuando los domingos los vecinos llegaban desde las barriadas, rancherías y pueblos

vecinos y colocaban sus blancos toldos de manta con sus productos en un mercado estrella que atraía a los indios de toda la región para comerciar las más variadas mercancías: maíz blanco, negro, morado, anaranjado, amarillo, rosa, café, beis; chiles también de muchos colores y tamaños; frijol con variedades inimaginables, del claro al más oscuro; tabaco, café, ajonjolí, chocolate, amaranto, piloncillo, anís, jitomates, chayotes, habas...” (p. 41) y la enumeración sigue y sigue con el vértigo multicolor del propio mercado.

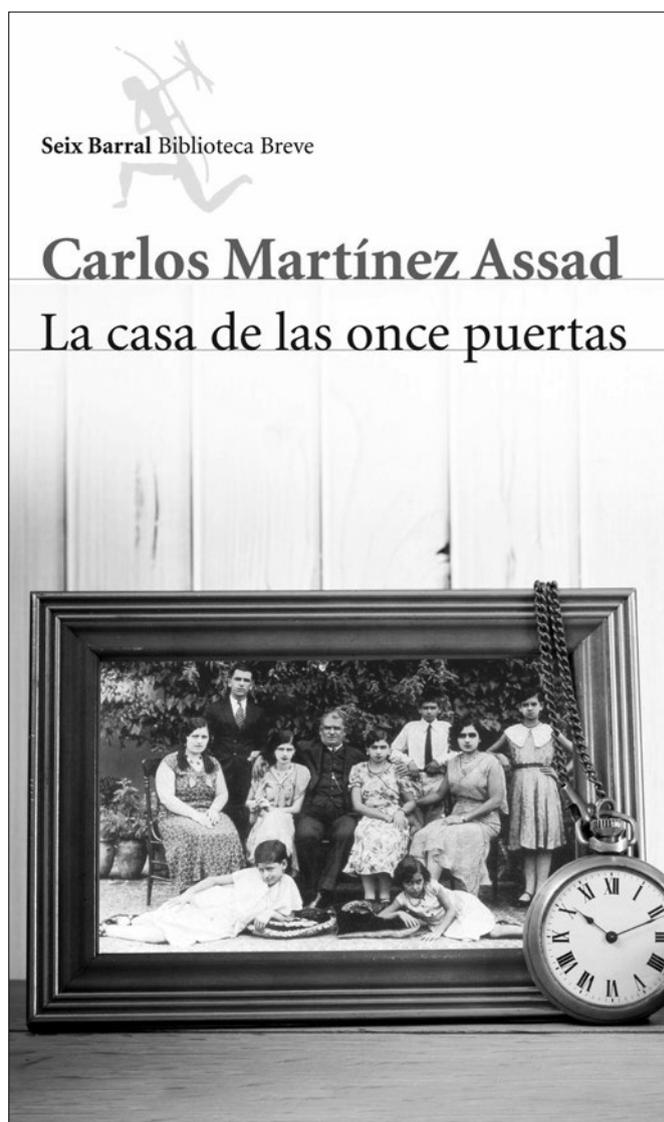
La melancolía del destierro se transforma en fuerza y alegría en la prosa de Carlos. Son saudades felices las suyas. Sí, les juro que eso también existe.

Como Comala, como Macondo, también Huejutla es el centro del universo. Un universo de puertas abiertas para que entren por ella novias muertas y hombres enloquecidos de amor, los vendedores de nombres, los pianistas solitarios y silenciosos, esposas cambiadas, o hasta la Liga de la Decencia personificada por las tijeras de la madre que corta con celos implacables a la voluptuosa Rosita Fornés de la foto en que posa con el padre y el niño, con el mismo entusiasmo con que llevó a toda la familia a ver los segundos del noticiero en que el mismo niño es retratado junto a un candidato que pasa por el pueblo. Querido Carlos, no sé si lo sabes, pero sospecho que todas las madres hubiéramos actuado igual.

La otra cara del otro centro del universo es el Líbano. De ida y vuelta, el viaje del narrador tiene dos Ítacas, esa es la realidad de muchos de nosotros, el secreto que quizás Homero se guardó para sí sin revelárselo al pobre Ulises.

Me gustaría cerrar estas páginas con uno de los epígrafes del libro, unos versos de Pita Amor: “Al decir casa pretendo expresar que casa suelo llamar al refugio que yo entiendo que el alma debe habitar”.

El alma de Carlos Martínez Assad —y ahora también la nuestra— habita una casa de once puertas. **u**



Texto leído en la presentación de *La casa de las once puertas*, de Carlos Martínez Assad (Seix Barral, 2015, 230 pp.) en el marco de la Fiesta del Libro y la Rosa, en la Ciudad de México, en abril de 2015.